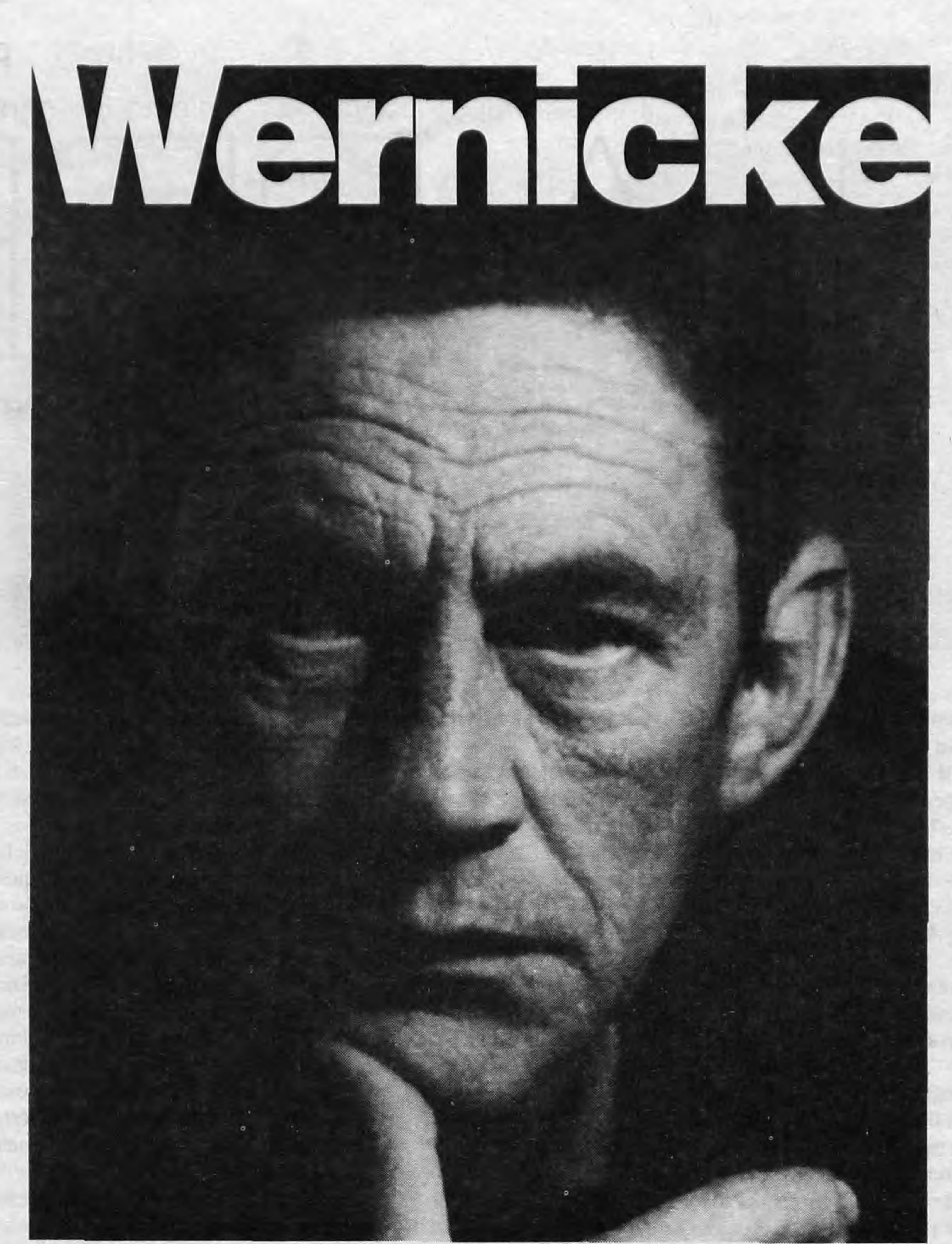
Wernicke



Radiografía de una época: 1944-1945

En *La Ribera* Enrique Wernicke pone a su protagonista (un intelectual acorralado por sus propias contradicciones y por los distintos factores de crisis internacional y nacional) en una situación límite. Eduardo es alguien que se siente extranjero en su propio país. No es difícil adivinar ciertos rasgos autobiográficos en la figura de Eduardo. Pero el libro es además el de la radiografía de una época: 1944-1945, con una dictadura militar que adoptaba una posición usual para justificar sus intervenciones, aquella de que los partidos políticos eran incompetentes y de que sólo un gobierno militar podía resolver los problemas del momento. En Europa el fascismo se derrumbaba como un castillo de arena, pero son años en que esa derrota no ofrece a los argentinos "un panorama luminoso para el futuro", porque "los engendros que masacraron tanto inocente habían elegido este lejano rincón de Sudamérica para ocultarse". Son los años en que las cárceles estaban atiborradas de presos políticos: "En Neuquén y en la isla Martín García se habían organizado verdaderos campos de concentración", en que la prensa clandestina decía lo que no se animaban a decir los grandes diarios, en que *"el país se debatía en un camino sin salida"*. Frente a ese panorama, asqueado por la dictadura, Eduardo abandona todo para recluirse en una casilla de madera, junto a un río, donde el paisaje le niega "la amistad cercana" y lo entrega "a las ridículas apetencias de todos los que sueñan imposibles".

Presentación de Guillermo Piro



LA RIBERA

Por Enrique Wernicke

La caprichosa factura de estos días ha recortado un "otro yo" que tenía olvidado. El secreto en que vivían mis sensaciones me impedía ser un buen juez cuando hacía falta. Además, hoy lo reconozco, durante muchas horas de mi día estoy entregado a una especie de panteísmo donde mis nervios suenan como violines y me arrullan hasta birlarme el conocimiento.

Juan, por un lado. El taller, el río, Susana. ¡Cómo me gustaría encontrar un justo camino donde se armonizaran los impulsos tan distintos que me alientan!

Habíamos vivido todo un día de silencio Susana y yo; en el trabajo, en el río, bajo los sauces. Recuerdo frases y palabras que me traspasaron la carne y se depositaron en el fondo de mi recinto. Recuerdo la vibración de mi felicidad callada. Y en todo, Susana, de pie, sentada, acostada en el pasto.

Cuando cerró la noche partí como sonámbulo para acudir a la primera reunión que me había preparado Juan. Todo resultó un fracaso. Pasamos dos horas con el amigo y otro obrero, aguardando en vano la llegada de otros complotados. Por fin me dejaron ir. Y apenas estuve en camino a casa recobré la tarde, como si no contaran los propósitos que me habían movido, como si toda la vida, la mía y la ajena, se hubiera refugiado en mi modesta y dolorosa casilla.

Pero luego, dos días después, estuve en el colegio. Y es allí donde, por un rato, he recuperado mi antiguo ser. ¡Qué curioso! Antes me molestaba descubrirme en un pensamiento frío. Hoy, tal vez porque mi intimidad rebasa emoción, me alegra señalar mis observaciones en forma clara. Para Juan, para todos los buenos hombres como Juan.

Le había dicho a Juan que no quería "saber nada de reuniones", pero cuando me pidió que fuera al colegio, cambié de idea. Aquello me interesó, aunque por razones muy distintas al "bien de la patria". Hice bien en ir. En cierta forma he visitado una casa de fantasmas. Juan no acudió a la cita, pero sí aquel otro obrero que yo conocía. Adiviné, sin preguntar, que mi amigo quería dejarme a solas en la sorpresa. Pero me hubiera gustado verlo entre todos los presentes.

En concreto, sabía que esa noche nos reuníamos "unos cuantos intelectuales" para organizar una ayuda específica al movimiento de resistencia.

Juan me había adelantado el nombre de dos o tres complotados: un médico casi famoso, un abogado con gran estudio y un político del interior.

Don Roberto, el director del colegio, conocía a todos los presentes, salvo a mí.

–¿Y vos? ¿Qué papel cumplís? –le pregunté al obrero que me acompañaba.

–Enlace –me respondió con cierto orgullo.

–¡Ah!

La palabra me sonó a novela, con ciertas reminiscencias de las maniobras durante la conscripción.

Al llegar a San Isidro tomamos un taxi. No cualquiera sino *uno* que aguardaba especialmente nuestro viaje. Minutos después entramos en el colegio. El edificio estaba a oscuras, misterioso y amenazante como un castillo.

El coche corrió sobre la grava del camino. El chofer debió recurrir a los focos para guiar entre los árboles.

Ante una alta puerta cerrada se detuvo. Una especie de bedel emergió de la sombra cuando nos vio descender del auto.

–Por aquí... –dijo, obligándonos a rodear la casa.

Me sentí intensamente divertido. Entramos en un zaguán, ascendimos por una escalera quejumbrosa y, siempre guiados por el silencioso bedel, llegamos a una biblioteca. Los tétricos muebles que la ornaban y la poca luz que gastaba su dueño continuaban la película de misterio. La *mise-en-scène* era perfecta para una reunión de conspiradores.

Aguardamos unos largos minutos. Mi compañero bostezaba disimuladamente y yo, recorriendo los anaqueles, investigaba los gustos de don Roberto.

Por fin, con un crujido amortiguado, se abrió una puerta. Entró el famoso maestro y resultó ser una exacta copia del sujeto que yo imaginaba. Alto, elegante y presuntuoso. Unas espesas barbas canosas le cubrían el pecho. Movía la cabeza con ademanes estudiados y utilizaba sus finas y cuidadas manos para puntuar la conversación.

–Buenas noches, señores.

–Buenas noches –respondí, y al estrechar su mano di mi nombre. Tuvo un gesto teatral de contrariedad.

–¡No es necesario, señor! –exclamó con voz grave–. Estamos entre patriotas... Nuestros nombres sólo serán conocidos por la historia...

Tal comienzo me dejó pasmado.

–Perdone la *gaffe*. Es la primera vez que conspiro...

Pero tampoco le gustó el término, ni la disculpa. Alejó su incomodidad con un gesto melancólico y, dirigiéndose a las bibliotecas, murmuró:

–¡Estos jóvenes de ahora!

Mi compañero había vuelto a sentarse y su figura desaparecía en la penumbra.

Premeditadamente permanecí en silencio. Quería ver todas las facetas del personaje. Pero es difícil mantener la "pose" frente a un hombre que nos mira. Don Roberto se acercó a su escritorio y buscó unos papeles.

–Debemos aguardar... –explicó. Miró un reloj de bolsillo y agregó:– Es temprano... ¿No quiere sentarse?

Nos arrellanamos en un viejo sofá de cuero. La luz nos daba en la cara y podíamos vernos. Tenía una hermosa cabeza el maestro.

–Perdone... –dijo–. ¿No tiene usted un hijo en el colegio?

–No sé –le contesté tranquilamente.

No le inmutó mi respuesta.

–No hace una semana que ha ingresado un chico que lleva su apellido.

–Entonces, sí. No sabía que ya estaba internado.

–Así es.

–Cualquier día de éstos vendré a verlo.

–Me parece bien. Para mí es un gusto que los padres comprueben la sana originalidad de nuestros métodos.

–He oído hablar mucho del colegio...

Don Roberto, paulatinamente, había aflojado su careta y cuando escuchó mi observación tuvo una sonrisa de pícaro.

–Se habla mucho... Sí.

Y espió mis ojos.

En aquel momento se escucharon pasos en la escalera y poco después entraron cuatro personas.

Hubo un saludo general algo ceremonioso y don Roberto, nuevamente en su papel de "patriota desconocido", nos guió hasta un pequeño comedor con su mesa redonda y las sillas en torno. La luz de la araña caía al sesgo en los asientos y, apenas nos sentamos, recordé un dibujo de Fortuny sobre la jabonería de Vieytes que ilustraba la *Historia* de Grosso. Creo que don Roberto había estudiado muy cuidadosamente sus escenarios.

Como yo era el único extraño en la reunión, fui objeto de una atención particular y pude, a mi vez, observar calmosamente a cada uno.

–Un nuevo compañero –había dicho don Roberto.

–Nos alegramos de tenerlo entre nosotros –agregó otro, de quien a poco de escucharlo comprendí que no era el médico ni el político que me había anunciado Juan. Aparentaba unos cincuenta años, pero resultaba difícil descubrir algo de su vida. Tenía una cara seria, sufrida, con mentón prominente. La camisa y el saco le quedaban holgados, como si hubiera enflaquecido mucho.

El médico no podía ser otro que un señor reducido y nervioso que nos miraba con ojos cansados y clínicos. Y el político y el abogado se me confundían. Al final de la noche decidí que el mejor vestido de los dos, el que varias veces dijo "nuestra gente", era el abogado. Porque se mostró más político el otro, al no abrir la boca en toda la sesión.

–Bueno... –comenzó el informante, al advertir que el "maestro" levantaba una mano con intención de acaparar la palabra–. Vamos a advertirle en dos palabras al nuevo compañero...

–¡Muy bien! –cortó don Roberto.

El médico asintió cerrando los ojos.

Y entonces se me planteó una situación curiosa: mientras el hombre me explicaba el objeto de la reunión (agrupar a los intelectuales de todas las tendencias democráticas para organizar un movimiento que bregara por el restablecimiento de las libertades), yo, aparentando escucharlo, pensaba en cualquier cosa, excepto en lo que oía; me preguntaba si eso que estábamos haciendo (hablar, en última instancia) era lo que castigaba el gobierno y si, en caso de caer la policía, íbamos a ser torturados. Después, pensando en el nazismo, me dije que efectivamente por cosas semejantes habían muerto millones de hombres. Eso, luego, era importante. Pero, ¿por qué permanecía indiferente? ¿Por qué me sentía tan "de afuera" en mi país, entre mi gente? Lo único que realmente me interesaba era mi casilla. Y sin embargo allí estaba, frente a las barbas del maestro.

Para entonces me vi obligado a decir algo:

–Yo nunca me he metido en política –comencé vacilante–. Y si estoy aquí es porque me asquea la dictadura. Quiero para mi patria... y para todo el mundo, libertad, progreso, sensatez...

–Efectivamente –dijo el médico, y me turbé.

–El movimiento... –continué–, porque supongo que todos formamos parte de un movimiento general... ¿Qué soluciones sugiere?

–Un gobierno nacional con la participación de todos los partidos democráticos...

–¿Y eso, cómo conseguirlo?

–Organizando al pueblo –me respondió el informante.

LA RIBERA

Por Enrique Wernicke

La caprichosa factura de estos días ha recortado un "otro yo" que tenía olvidado. El secreto en que vivían mis sensaciones me impedía ser un buen juez cuando hacía falta. Además, hoy lo reconozco, durante muchas horas de mi día estoy entregado a una especie de panteísmo donde mis nervios suenan como violines y me arrullan hasta birlarme el conocimiento.

Juan, por un lado. El taller, el río, Susana. ¡Cómo me gustaría encontrar un justo camino donde se armonizaran los impulsos tan distintos que me alientan!

Habíamos vivido todo un día de silencio Susana y yo; en el trabajo, en el río, bajo los sauces. Recuerdo frases y palabras que me traspasaron la carne y se depositaron en el fondo de mi recinto. Recuerdo la vibración de mi felicidad callada. Y en todo, Susana, de pie, sentada, acostada en el pasto.

Cuando cerró la noche partí como sonámbulo para acudir a la primera reunión que me había preparado Juan. Todo resultó un fracaso. Pasamos dos horas con el amigo y otro obrero, aguardando en vano la llegada de otros complotados. Por fin me dejaron ir. Y apenas estuve en camino a casa recobré la tarde, como si no contaran los propósitos que me habían movido, como si toda la vida, la mía y la ajena, se hubiera refugiado en mi modesta y dolorosa casilla.

Pero luego, dos días después, estuve en el colegio. Y es allí donde, por un rato, he recuperado mi antiguo ser. ¡Qué curioso! Antes me molestaba descubrirme en un pensamiento frío. Hoy, tal vez porque mi intimidad rebasa emoción, me alegra señalar mis observaciones en forma clara. Para Juan, para todos los buenos hombres como Juan.

Le había dicho a Juan que no quería "saber nada de reuniones", pero cuando me pidió que fuera al colegio, cambié de idea. Aquello me interesó, aunque por razones muy distintas al "bien de la patria". Hice bien en ir. En cierta forma he visitado una casa de fantasmas. Juan no acudió a la cita, pero sí aquel otro obrero que yo conocía. Adiviné, sin preguntar, que mi amigo quería dejarme a solas en la sorpresa. Pero me hubiera gustado verlo entre todos los presentes.

En concreto, sabía que esa noche nos reuníamos "unos cuantos intelectuales" para organizar una ayuda específica al movimiento de resistencia.

Juan me había adelantado el nombre de dos o tres complotados: un médico casi famoso, un abogado con gran estudio y un político del interior.

Don Roberto, el director del colegio, conocía a todos los presentes, salvo a mí.

–¿Y vos? ¿Qué papel cumplís? –le pregunté al obrero que me acompañaba.

–Enlace –me respondió con cierto orgullo.

–¡Ah!

La palabra me sonó a novela, con ciertas reminiscencias de las maniobras durante la conscripción.

Al llegar a San Isidro tomamos un taxi. No cualquiera sino *uno* que aguardaba especialmente nuestro viaje. Minutos después entramos en el colegio. El edificio estaba a oscuras, misterioso y amenazante como un castillo.

El coche corrió sobre la grava del camino. El chofer debió recurrir a los focos para guiar entre los árboles.

Ante una alta puerta cerrada se detuvo. Una especie de bedel emergió de la sombra cuando nos vio descender del auto.

–Por aquí... –dijo, obligándonos a rodear la casa.

Me sentí intensamente divertido. Entramos en un zaguán, ascendimos por una escalera quejumbrosa y, siempre guiados por el silencioso bedel, llegamos a una biblioteca. Los tétricos muebles que la ornaban y la poca luz que gastaba su dueño continuaban la película de misterio. La *mise-en-scène* era perfecta para una reunión de conspiradores.

Aguardamos unos largos minutos. Mi compañero bostezaba disimuladamente y yo, recorriendo los anaqueles, investigaba los gustos de don Roberto.

Por fin, con un crujido amortiguado, se abrió una puerta. Entró el famoso maestro y resultó ser una exacta copia del sujeto que yo imaginaba. Alto, elegante y presuntuoso. Unas espesas barbas canosas le cubrían el pecho. Movía la cabeza con ademanes estudiados y utilizaba sus finas y cuidadas manos para puntuar la conversación.

–Buenas noches, señores.

–Buenas noches –respondí, y al estrechar su mano di mi nombre. Tuvo un gesto teatral de contrariedad.

–¡No es necesario, señor! –exclamó con voz grave–. Estamos entre patriotas... Nuestros nombres sólo serán conocidos por la historia...

Tal comienzo me dejó pasmado.

–Perdone la *gaffe*. Es la primera vez que conspiro...

Pero tampoco le gustó el término, ni la disculpa. Alejó su incomodidad con un gesto melancólico y, dirigiéndose a las bibliotecas, murmuró:

–¡Estos jóvenes de ahora!

Mi compañero había vuelto a sentarse y su figura desaparecía en la penumbra.

Premeditadamente permanecí en silencio. Quería ver todas las facetas del personaje. Pero es difícil mantener la "pose" frente a un hombre que nos mira. Don Roberto se acercó a su escritorio y buscó unos papeles.

–Debemos aguardar... –explicó. Miró un reloj de bolsillo y agregó:– Es temprano... ¿No quiere sentarse?

Nos arrellanamos en un viejo sofá de cuero. La luz nos daba en la cara y podíamos vernos. Tenía una hermosa cabeza el maestro.

–Perdone... –dijo–. ¿No tiene usted un hijo en el colegio?

–No sé –le contesté tranquilamente.

No le inmutó mi respuesta.

–No hace una semana que ha ingresado un chico que lleva su apellido.

–Entonces, sí. No sabía que ya estaba internado.

–Así es.

–Cualquier día de éstos vendré a verlo.

–Me parece bien. Para mí es un gusto que los padres comprueben la sana originalidad de nuestros métodos.

–He oído hablar mucho del colegio...

Don Roberto, paulatinamente, había aflojado su careta y cuando escuchó mi observación tuvo una sonrisa de pícaro.

–Se habla mucho... Sí.

Y espió mis ojos.

En aquel momento se escucharon pasos en la escalera y poco después entraron cuatro personas.

Hubo un saludo general algo ceremonioso y don Roberto, nuevamente en su papel de "patriota desconocido", nos guió hasta un pequeño comedor con su mesa redonda y las sillas en torno. La luz de la araña caía al sesgo en los asientos y, apenas nos sentamos, recordé un dibujo de Fortuny sobre la jabonería de Vieytes que ilustraba la *Historia* de Grosso. Creo que don Roberto había estudiado muy cuidadosamente sus escenarios.

Como yo era el único extraño en la reunión, fui objeto de una atención particular y pude, a mi vez, observar calmosamente a cada uno.

–Un nuevo compañero –había dicho don Roberto.

–Nos alegramos de tenerlo entre nosotros –agregó otro, de quien a poco de escucharlo comprendí que no era el médico ni el político que me había anunciado Juan. Aparentaba unos cincuenta años, pero resultaba difícil descubrir algo de su vida. Tenía una cara seria, sufrida, con mentón prominente. La camisa y el saco le quedaban holgados, como si hubiera enflaquecido mucho.

El médico no podía ser otro que un señor reducido y nervioso que nos miraba con ojos cansados y clínicos. Y el político y el abogado se me confundían. Al final de la noche decidí que el mejor vestido de los dos, el que varias veces dijo "nuestra gente", era el abogado. Porque se mostró más político el otro, al no abrir la boca en toda la sesión.

–Bueno... –comenzó el informante, al advertir que el "maestro" levantaba una mano con intención de acaparar la palabra–. Vamos a advertirle en dos palabras al nuevo compañero...

–¡Muy bien! –cortó don Roberto.

El médico asintió cerrando los ojos.

Y entonces se me planteó una situación curiosa: mientras el hombre me explicaba el objeto de la reunión (agrupar a los intelectuales de todas las tendencias democráticas para organizar un movimiento que bregara por el restablecimiento de las libertades), yo, aparentando escucharlo, pensaba en cualquier cosa, excepto en lo que oía; me preguntaba si eso que estábamos haciendo (hablar, en última instancia) era lo que castigaba el gobierno y si, en caso de caer la policía, íbamos a ser torturados. Después, pensando en el nazismo, me dije que efectivamente por cosas semejantes habían muerto millones de hombres. Eso, luego, era importante. Pero, ¿por qué permanecía indiferente? ¿Por qué me sentía tan "de afuera" en mi país, entre mi gente? Lo único que realmente me interesaba era mi casilla. Y sin embargo allí estaba, frente a las barbas del maestro.

Para entonces me vi obligado a decir algo:

–Yo nunca me he metido en política –comencé vacilante–. Y si estoy aquí es porque me asquea la dictadura. Quiero para mi patria... y para todo el mundo, libertad, progreso, sensatez...

–Efectivamente –dijo el médico, y me turbé.

–El movimiento... –continué–, porque supongo que todos formamos parte de un movimiento general... ¿Qué soluciones sugiere?

–Un gobierno nacional con la participación de todos los partidos democráticos...

–¿Y eso, cómo conseguirlo?

–Organizando al pueblo –me respondió el informante.

–Sí, claro –afirmé; pero la verdad es que no entendía mucho. Y para terminar con mi situación, agregué:–. Estoy de acuerdo en todo. Les ruego, pues, que no me consideren y conversen sobre los problemas concretos que han de tener. Cuenten conmigo para cualquier cosa...

–Gracias.

–Gracias –se sumaron el abogado y el político.

A partir de entonces no se me tuvo en cuenta y gracias a ello me situé mejor en el momento y sentí que había hecho bien en ir, aunque sólo fuera por enterarme de cosas que la calle no sabía.

Las cárceles estaban atiborradas de presos políticos. En Neuquén y en la isla Martín García se habían organizado verdaderos campos de concentración. Muchos, más de la mitad de los detenidos, antes de caer en la cárcel habían sufrido tratos brutales. Pero pese a la persecución, la resistencia crecía. Lo que no se animaban a decir los grandes diarios, se publicaba en hojas clandestinas. Ya eran muchos los argentinos que comprendían la necesidad de alistarse en la lucha. El país se debatía en un camino sin salida. El gobierno sólo temía una cosa: la organización del pueblo, y por eso perseguía tan tenazmente a los sindicatos y a los obreros libres.

Pero el movimiento necesitaba del apoyo de todos los sectores y quería la comprensión total de la ciudadanía. La derrota del nazismo europeo nos ofrecía un panorama luminoso para el futuro, pero los engendros que masacraron tanto inocente habían elegido este lejano rincón de Sudamérica para ocultarse. Los argentinos no podíamos aceptar este inmundo destino: por lo contrario, era el momento de aprovechar el triunfo de la buena causa para terminar con la reacción nacional. Un gobierno de unidad, que incluyera a todos los partidos políticos democráticos y que escuchara la voz siempre limpia del pueblo, sabría encontrar la solución de nuestros problemas. Se necesitaba una reforma agraria para terminar con la explotación de los campesinos y organizar sanamente nuestra economía. Se necesitaba reimplantar la total libertad de prensa y terminar con las policías bravas. Se necesitaba retornar, en la universidad y el magisterio, a nuestra educación democrática y científica. Se necesitaban muchas cosas urgentes, pero para todo eso era necesario derribar al gobierno.

Me costó decirlo pero pude hacerlo. Sentía que era mi obligación, aunque me lastimara la expresión decepcionada de Juan. Ante él, ante su honradez, mis impresiones, por contraste, resultaban más desastrosas.

–No te entiendo, viejo –le dije–; una cosa es lo que vos hablás o lo que informaba aquel camarada tuyo, y otra la "reunión" famosa. ¿Vos sabés qué idioteces dijo el político? Yo me sentía como en una clase del nacional, cuando uno oía gansada tras gansada de un profesor imbécil, y mantenía una cara de impertérrita atención. El mismo divorcio entre lo que era verdad y lo que se decía. Porque yo sé que Moreno era un gran tipo, igual que vos, que luchaba justamente, pero mi profesor de historia tenía la virtud de mostrarlo como un imbécil. Lo mismo... ¿comprendés? ¿Qué pueden hacer esos figurones? A mí todo me resultó una farsa...

La reunión se había estirado largas horas. El político, interrumpiendo al informante, se había puesto a hablar de otras cosas (según él venían al caso), de las que sólo pude deducir que era un fatuo, bruto y sinvergüenza. Repitió frases de comité, recordó "gloriosos votos" y por fin pretendió sugerirnos que solamente "él y su partido" lograrían sacar al país de la difícil situación en que se hallaba.

Más tarde, don Roberto, un poco aburrido ya de su papel de salvador de la patria, pidió un paréntesis y sirvió cognac. Posiblemente consideró que el trago exigía nuevo ambiente, pues encendió otra lámpara, y lo que había parecido un perfecto recinto de conspiradores se transformó en un vulgar y recargado comedor de pequeños burgueses.

El informante aceptó con un suspiro la interrupción, y mientras los demás bebían, locuaces y corteses, él se dejó caer en un sillón y se cubrió los ojos con las manos.

–¿Se siente mal? –pregunté.

–No... hace noches que no duermo.

Don Roberto se acercó para pedirme un juicio sobre su cognac y luego, como en secreto, aseguró que respecto a "todo esto" tenía su opinión personal:

–Las armas... ¿comprende? Hombres guapos se necesitan. Y salir como en el noventa, *sacando pecho en los cantones*.

–¿Sí? –dije, y con un oportuno elogio de la bebida lo obligué a cambiar de tema.

Para esto, el obrero que me había acompañado estaba a punto de dormirse. No había dicho palabra en toda la noche y ahora, en el entreacto, aprovechaba el silencio para dormitar.

–¡Mire a ése! –dijo el maestro despectivamente mientras llenaba por segunda vez mi copa.

–Habrá trabajado todo el día... –respondí.

Y al observar su cuerpo tosco, desplomado en la silla, y las manos inertes sobre la mesa, sentí una súbita simpatía por el desdichado.

–¿Muy cansado? –le pregunté en voz baja.

–Hum...

–¿Demorará mucho la reunión? ¿Por qué no te vas?

–No puedo... –y al decir esto sacudió la cabeza en un esfuerzo por despejarse–. ¿No tendrá un vaso de agua, don Roberto?

–¿Agua? No sé... Aguarde. Los otros se habían retirado unos metros y conversaban en voz baja. Regresaron y ocuparon sus asientos.

–Abreviemos, por favor, que se me hace tarde –rogó el médico.

Y nuevamente, con un ruido de sillas, nos acomodamos rodeando la mesa. Cuando el maestro trajo el vaso de agua y se lo alcanzó al obrero, todos lo miraron severamente.

La segunda parte de la reunión me resultó francamente insoportable a pesar de que se habló de cosas concretas. El informante, el médico y el abogado llevaban la batuta, a juzgar por las opiniones que dieron, pero como yo no podía entender en sus medias palabras a qué papeles y bultos se referían ni cuál era el objeto inmediato de ciertos "envíos", me quedé en ayunas y perdí hasta el gusto de observar a la gente.

Sentí unas ganas atroces de escapar y por unos segundos pensé argüir que me encontraba indispuesto. Sólo la infinita paciencia de mi acompañante pudo retenerme en la silla.

"En cuanto vea a Juan –me decía– le planteo mi deserción. No soporto otra velada como ésta. Además –y esto es lo terrible– no puedo convencerme de que mi presencia sirva para algo."

A Juan mi protesta lo puso en aprietos. Le resultó difícil rebatir mis argumentos.

–Es que las cosas no debieran hacerse así... –llegó a decirme–. ¿Creés que no me doy cuenta?

–¿Y entonces, por qué no se hacen bien?

–¿Por qué? Ah... –y luego de una pausa agregó:– Tal vez porque todos los tipos, a su modo, son parecidos a vos...

–¿Qué querés decir? –pregunté intrigado.

Pero su respuesta quedó en el aire. Susana abrió la puerta sonriendo y, sin hablar, se acercó y me tomó la mano. Me turbé y sonreí como un bobo, pero a Juan, no a la muchacha. Y él también sonrió blandamente.

–¿Por qué no salen un momento? Quiero hacer la cama... –dijo Susana.

Salimos pesadamente. Y después de esa larga hora que habíamos pasado fumando en mi cuarto, el patio de los sauces nos resultó un paraíso.

–¿Tomás unos mates?

–¡Oh! Es lo que quisiera... Pero tengo que ir al centro.

–¿No tenés tiempo? Son las siete recién.

–Justamente a las siete debía estar en el Obelisco.

Echó a andar hacia la calle. Lo seguí agobiado de vergüenza, con la urgente necesidad de rehabilitarme.

–Entendeme, Juan...

–¡Pero si te entiendo, hombre!

–Sí, pero no sabés la vergüenza que me da verte de un lado a otro mientras yo me quedo tomando mate.

–Lo que vos no entendés es que a mí "me gusta", ¿sabés? Me gusta mucho mi vida, mi lucha, mi cansancio. No podría quedarme tomando mate mientras mis compañeros... ya sabés...

Le abrí el portón de alambre.

–Cuando tengas necesidad de mí, llamame.

Me miró socarrón.

–¡Haceme el favor! –insistí–. Cuando tengas algo concreto para mí... No me importa que sea peligroso... pero sin reuniones...

Murmuró algo que no entendí.

–¿Qué?

–¿No te parece que sos demasiado presuntuoso? –me dijo con perceptible irritación–. Chau...

Tomó la calle y como si al alejarse de mí recobrara los bríos, sus trancos se afirmaron en una marcha audaz y optimista.

Susana me miraba por la ventana del cuarto. Tenía mi almohada entre los brazos y la aplastaba contra su pecho. Sacudió la cabeza con un ademán triste.

–¿Qué? –le grité. –Nada... Enseguida le preparo un mate.

La tarde entre los sauces del patio hubiese merecido otro destino: un hombre sereno, una charla apacible, el quehacer de una familia, cualquier cosa menos yo.

Pero fui yo quien se sentó en una silla de paja y aspiró profundamente el aire hasta oler el río. ■

Fragmento de La ribera, de Enrique Wernicke, Ediciones Atril (1998)



–Sí, claro –afirmé; pero la verdad es que no ntendía mucho. Y para terminar con mi si-uación, agregué:–. Estoy de acuerdo en to-lo. Les ruego, pues, que no me consideren y onversen sobre los problemas concretos que an de tener. Cuenten conmigo para cualquier osa...

–Gracias.

–Gracias –se sumaron el abogado y el polí-ico.

A partir de entonces no se me tuvo en cuen-a y gracias a ello me situé mejor en el mo-nento y sentí que había hecho bien en ir, aun-ue sólo fuera por enterarme de cosas que la alle no sabía.

Las cárceles estaban atiborradas de pre-os políticos. En Neuquén y en la isla Mar-ín García se habían organizado verdade-os campos de concentración. Muchos, nás de la mitad de los detenidos, antes de aer en la cárcel habían sufrido tratos bru-ales. Pero pese a la persecución, la resis-encia crecía. Lo que no se animaban a de-ir los grandes diarios, se publicaba en ho-as clandestinas. Ya eran muchos los ar-entinos que comprendían la necesidad de listarse en la lucha. El país se debatía en n camino sin salida. El gobierno sólo te-ía una cosa: la organización del pueblo, por eso perseguía tan tenazmente a los indicatos y a los obreros libres.

Pero el movimiento necesitaba del apo-o de todos los sectores y quería la com-rensión total de la ciudadanía. La derro-a del nazismo europeo nos ofrecía un pa-orama luminoso para el futuro, pero los ngendros que masacraron tanto inocente abían elegido este lejano rincón de Suda-nérica para ocultarse. Los argentinos no odíamos aceptar este inmundo destino: or lo contrario, era el momento de apro-echar el triunfo de la buena causa para erminar con la reacción nacional. Un go-ierno de unidad, que incluyera a todos los artidos políticos democráticos y que es-uchara la voz siempre limpia del pueblo, abría encontrar la solución de nuestros roblemas. Se necesitaba una reforma graria para terminar con la explotación de os campesinos y organizar sanamente uestra economía. Se necesitaba reimplan-ar la total libertad de prensa y terminar con as policías bravas. Se necesitaba retornar, n la universidad y el magisterio, a nues-ra educación democrática y científica. Se ecesitaban muchas cosas urgentes, pero ara todo eso era necesario derribar al go-ierno.

Me costó decirlo pero pude hacerlo. Sentía que era mi obligación, aunque me lastimara la expresión decepcionada de Juan. Ante él, ante su honradez, mis impresiones, por contraste, resultaban más desastrosas.

–No te entiendo, viejo –le dije–; una cosa es lo que vos hablás o lo que informaba aquel camarada tuyo, y otra la "reunión" famosa. ¿Vos sabés qué idioteces dijo el político? Yo me sentía como en una clase del nacional, cuando uno oía gansada tras gansada de un profesor imbécil, y mantenía una cara de impertérrita atención. El mismo divorcio entre lo que era verdad y lo que se decía. Porque yo sé que Moreno era un gran tipo, igual que vos, que luchaba justamente, pero mi profesor de historia tenía la virtud de mostrarlo como un imbécil. Lo mismo... ¿comprendés? ¿Qué pueden hacer esos figurones? A mí todo me resultó una farsa...

La reunión se había estirado largas horas. El político, interrumpiendo al informante, se había puesto a hablar de otras cosas (según él venían al caso), de las que sólo pude deducir que era un fatuo, bruto y sinvergüenza. Repitió frases de comité, recordó "gloriosos votos" y por fin pretendió sugerirnos que solamente "él y su partido" lograrían sacar al país de la difícil situación en que se hallaba.

Más tarde, don Roberto, un poco aburrido ya de su papel de salvador de la patria, pidió un paréntesis y sirvió cognac. Posiblemente consideró que el trago exigía nuevo ambiente, pues encendió otra lámpara, y lo que había parecido un perfecto recinto de conspiradores se transformó en un vulgar y recargado comedor de pequeños burgueses.

El informante aceptó con un suspiro la interrupción, y mientras los demás bebían, locuaces y corteses, él se dejó caer en un sillón y se cubrió los ojos con las manos.

–¿Se siente mal? –pregunté.

–No... hace noches que no duermo.

Don Roberto se acercó para pedirme un juicio sobre su cognac y luego, como en secreto, aseguró que respecto a "todo esto" tenía su opinión personal:

–Las armas... ¿comprende? Hombres guapos se necesitan. Y salir como en el noventa, sacando pecho en los cantones.

–¿Sí? –dije, y con un oportuno elogio de la bebida lo obligué a cambiar de tema.

Para esto, el obrero que me había acompañado estaba a punto de dormirse. No había dicho palabra en toda la noche y ahora, en el entreacto, aprovechaba el silencio para dormitar.

–¡Mire a ése! –dijo el maestro despectivamente mientras llenaba por segunda vez mi copa.

–Habrá trabajado todo el día... –respondí.

Y al observar su cuerpo tosco, desplomado en la silla, y las manos inertes sobre la mesa, sentí una súbita simpatía por el desdichado.

–¿Muy cansado? –le pregunté en voz baja.

–Hum...

–¿Demorará mucho la reunión? ¿Por qué no te vas?

–No puedo... –y al decir esto sacudió la cabeza en un esfuerzo por despejarse–. ¿No tendrá un vaso de agua, don Roberto?

–¿Agua? No sé... Aguarde. Los otros se habían retirado unos metros y conversaban en voz baja. Regresaron y ocuparon sus asientos.

–Abreviemos, por favor, que se me hace tarde –rogó el médico.

Y nuevamente, con un ruido de sillas, nos acomodamos rodeando la mesa. Cuando el maestro trajo el vaso de agua y se lo alcanzó al obrero, todos lo miraron severamente.

La segunda parte de la reunión me resultó francamente insoportable a pesar de que se habló de cosas concretas. El informante, el médico y el abogado llevaban la batuta, a juzgar por las opiniones que dieron, pero como yo no podía entender en sus medias palabras a qué papeles y bultos se referían ni cuál era el objeto inmediato de ciertos "envíos", me quedé en ayunas y perdí hasta el gusto de observar a la gente.

Sentí unas ganas atroces de escapar y por unos segundos pensé argüir que me encontraba indispuesto. Sólo la infinita paciencia de mi acompañante pudo retenerme en la silla.

"En cuanto vea a Juan –me decía– le planteo mi deserción. No soporto otra velada como ésta. Además –y esto es lo terrible– no puedo convencerme de que mi presencia sirva para algo."

A Juan mi protesta lo puso en aprietos. Le resultó difícil rebatir mis argumentos.

–Es que las cosas no debieran hacerse así... –llegó a decirme–. ¿Creés que no me doy cuenta?

–¿Y entonces, por qué no se hacen bien?

–¿Por qué? Ah... –y luego de una pausa agregó:– Tal vez porque todos los tipos, a su modo, son parecidos a vos...

–¿Qué querés decir? –pregunté intrigado.

Pero su respuesta quedó en el aire. Susana abrió la puerta sonriendo y, sin hablar, se acercó y me tomó la mano. Me turbé y sonreí como un bobo, pero a Juan, no a la muchacha. Y él también sonrió blandamente.

–¿Por qué no salen un momento? Quiero hacer la cama... –dijo Susana.

Salimos pesadamente. Y después de esa larga hora que habíamos pasado fumando en mi cuarto, el patio de los sauces nos resultó un paraíso.

–¿Tomás unos mates?

–¡Oh! Es lo que quisiera... Pero tengo que ir al centro.

–¿No tenés tiempo? Son las siete recién.

–Justamente a las siete debía estar en el Obelisco.

Echó a andar hacia la calle. Lo seguí agobiado de vergüenza, con la urgente necesidad de rehabilitarme.

–Entendeme, Juan...

–¡Pero si te entiendo, hombre!

–Sí, pero no sabés la vergüenza que me da verte de un lado a otro mientras yo me quedo tomando mate.

–Lo que vos no entendés es que a mí "me gusta", ¿sabés? Me gusta mucho mi vida, mi lucha, mi cansancio. No podría quedarme tomando mate mientras mis compañeros... ya sabés...

Le abrí el portón de alambre.

–Cuando tengas necesidad de mí, llamame.

Me miró socarrón.

–¡Haceme el favor! –insistí–. Cuando tengas algo concreto para mí... No me importa que sea peligroso... pero sin reuniones...

Murmuró algo que no entendí.

–¿Qué?

–¿No te parece que sos demasiado presuntuoso? –me dijo con perceptible irritación–. Chau...

Tomó la calle y como si al alejarse de mí recobrara los bríos, sus trancos se afirmaron en una marcha audaz y optimista.

Susana me miraba por la ventana del cuarto. Tenía mi almohada entre los brazos y la aplastaba contra su pecho. Sacudió la cabeza con un ademán triste.

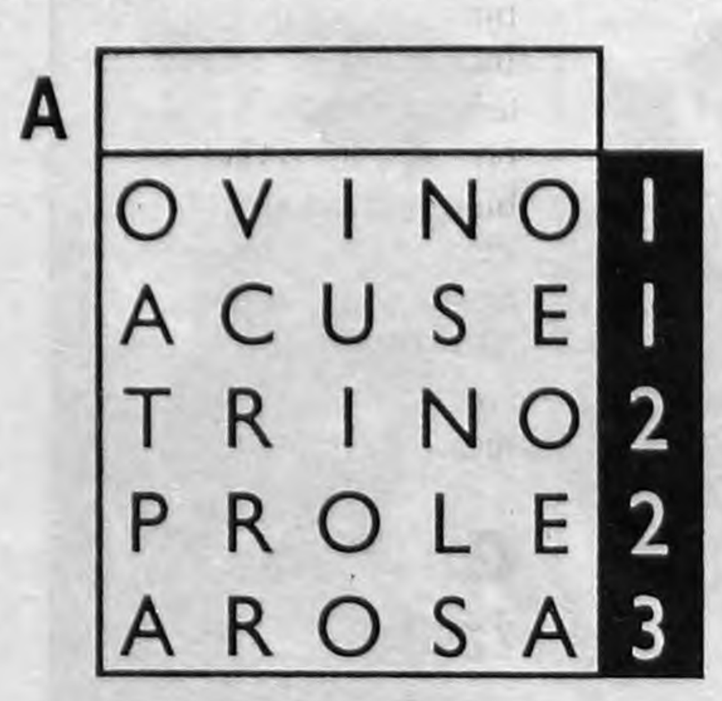
–¿Qué? –le grité. –Nada... Enseguida le preparo un mate.

La tarde entre los sauces del patio hubiese merecido otro destino: un hombre sereno, una charla apacible, el quehacer de una familia, cualquier cosa menos yo.

Pero fui yo quien se sentó en una silla de paja y aspiró profundamente el aire hasta oler el río. 

Palabra oculta

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

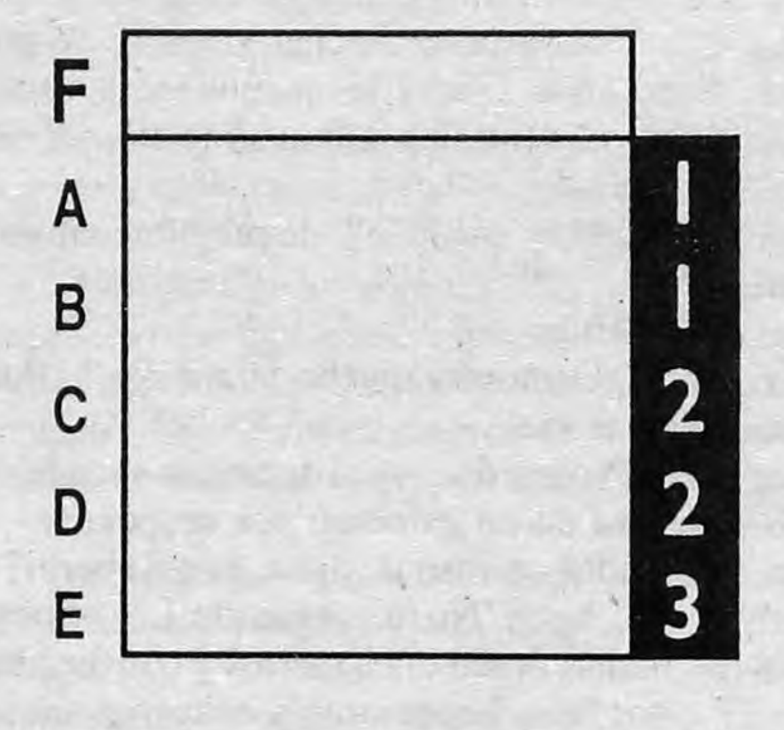






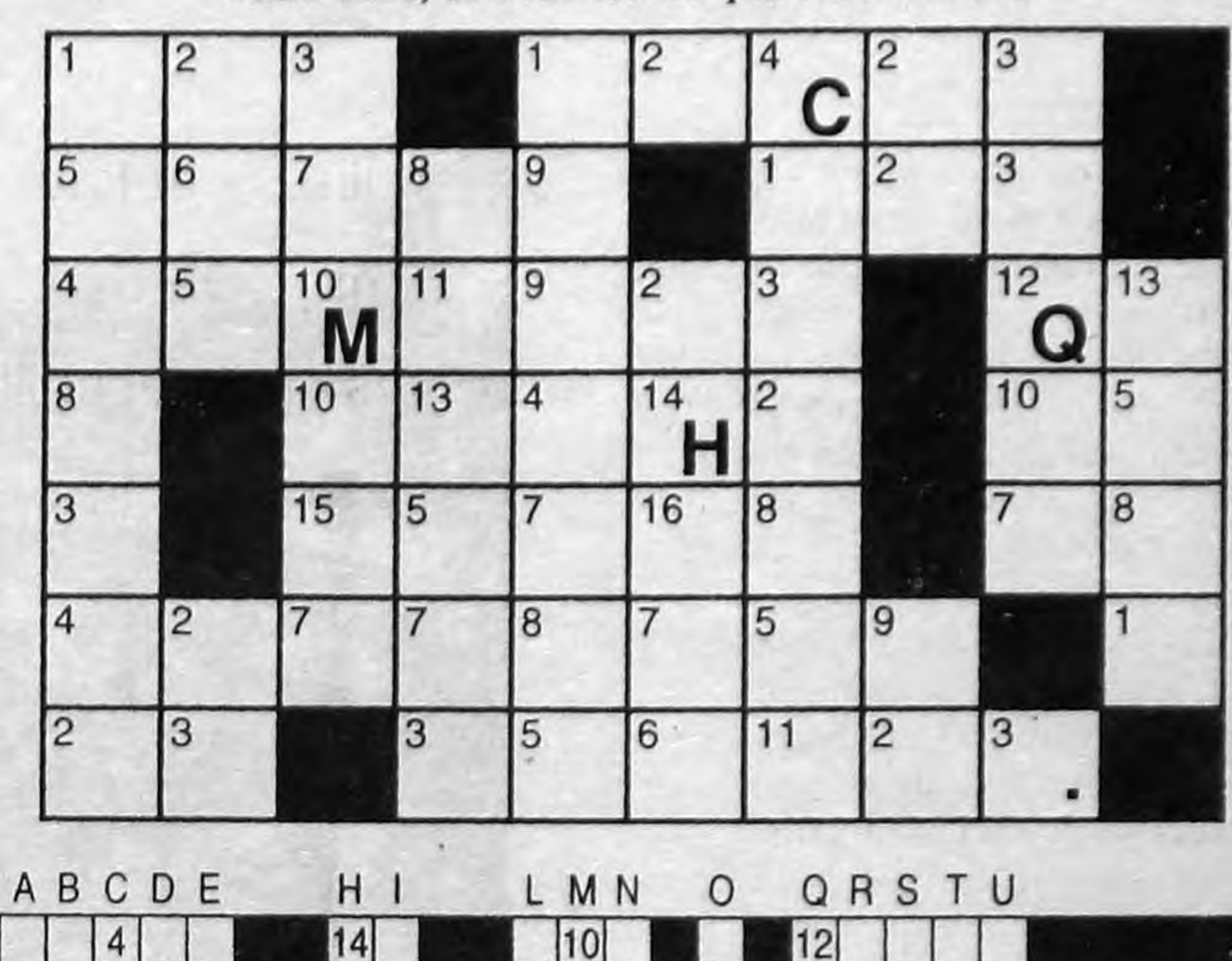


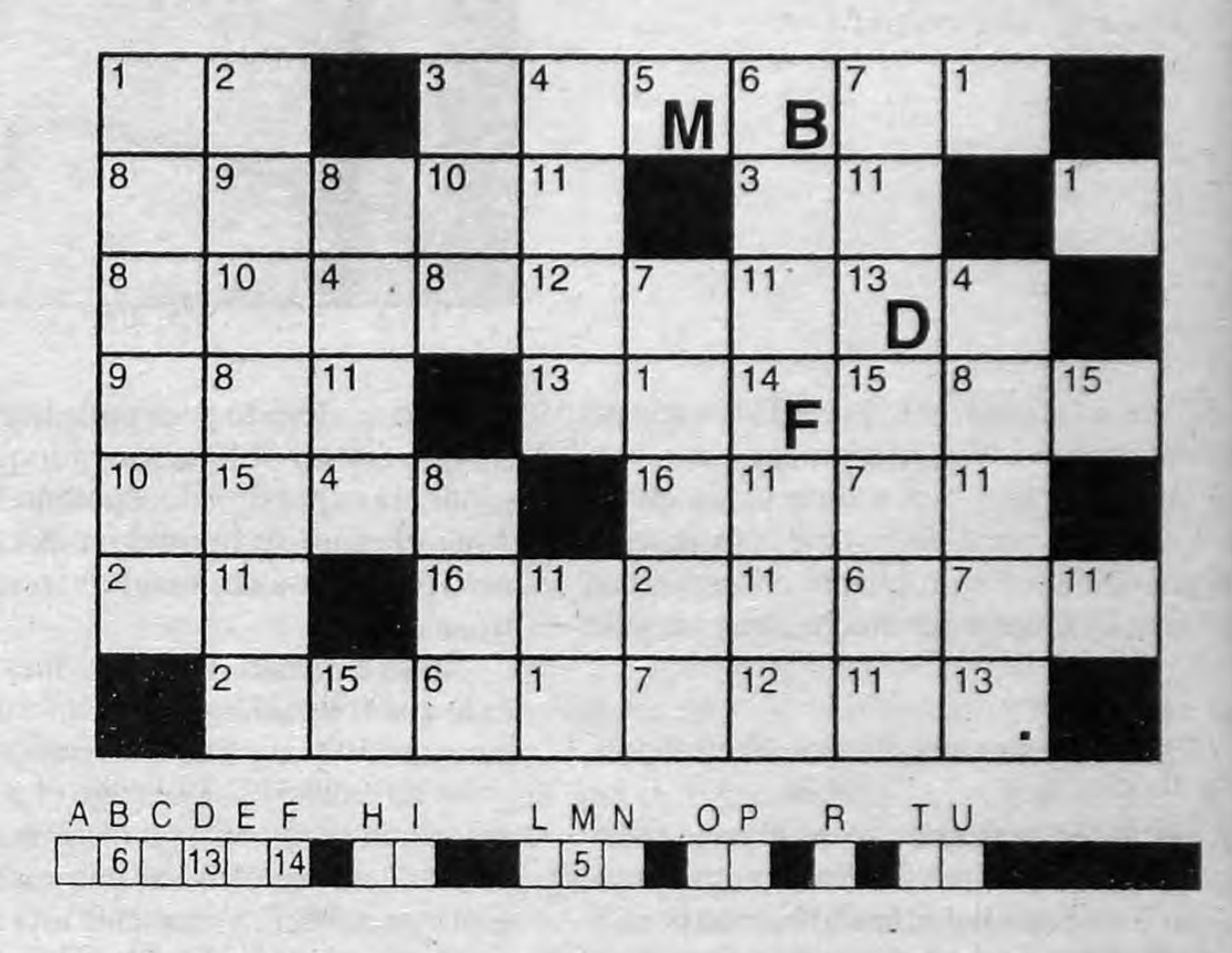




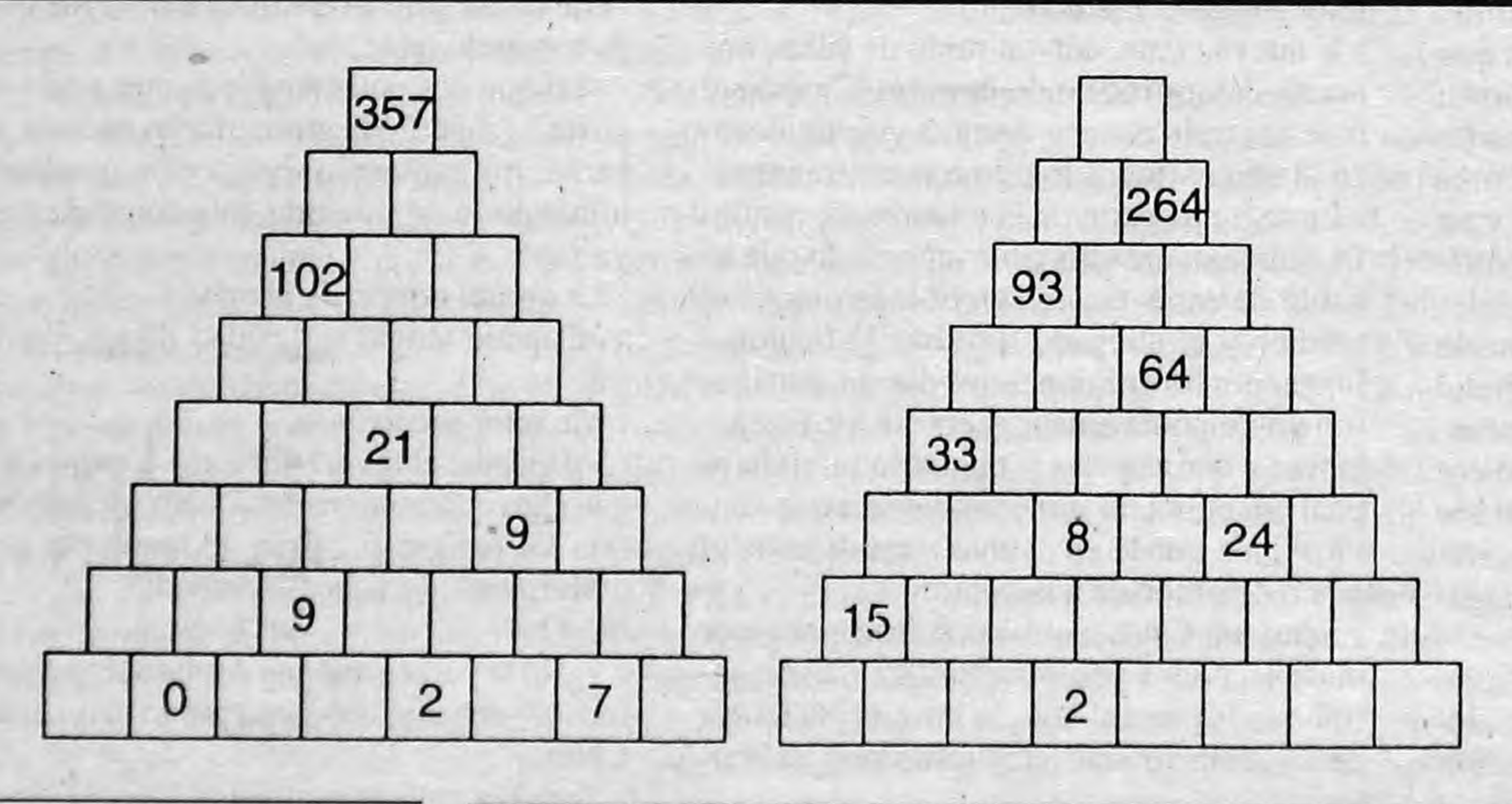
Criptofrases

En cada esquema se esconde una frase. A igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar en cada caso, con las letras que intervienen.

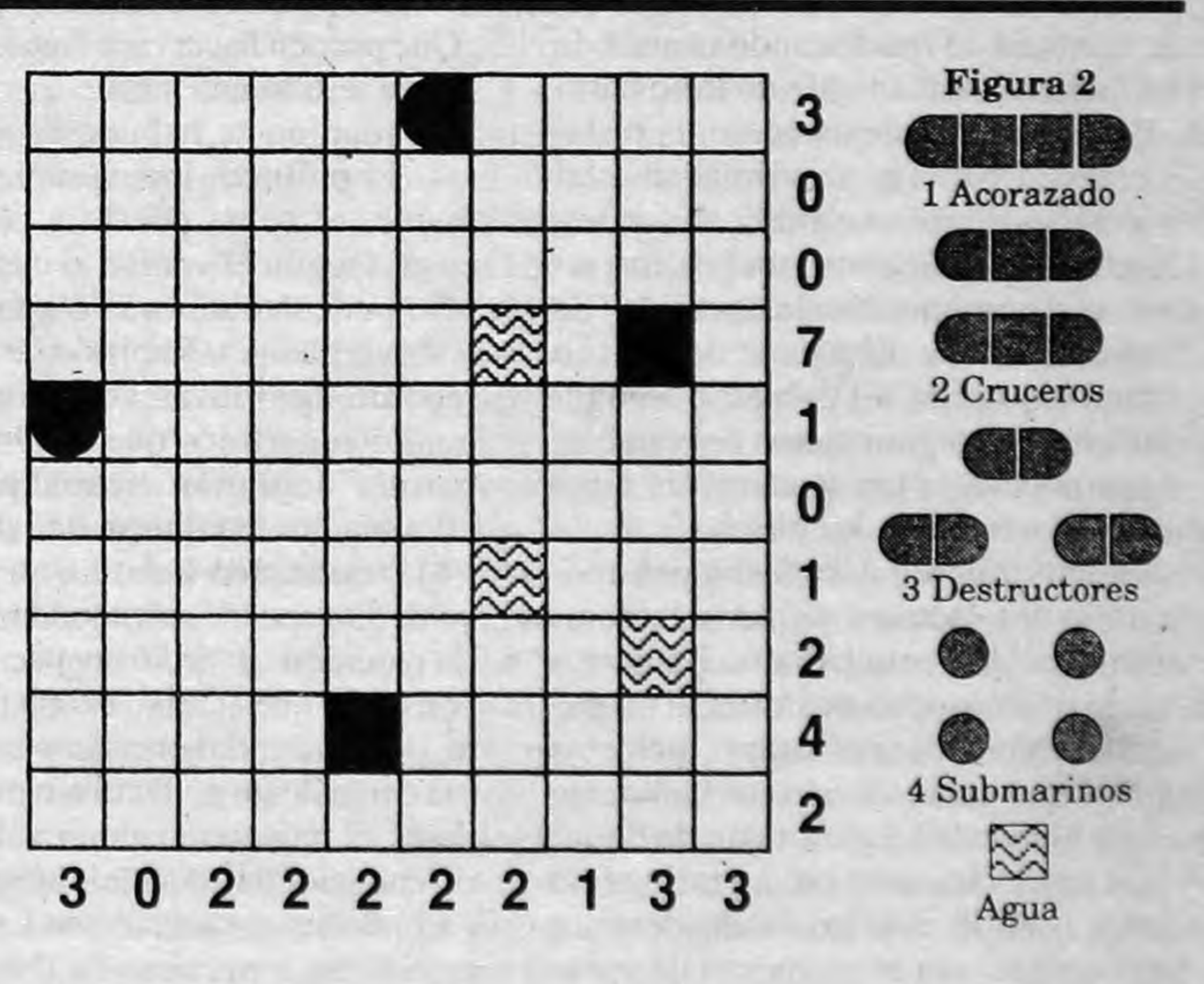




Escaleras



Batalla naval



Soluciones

Escaleras

357
189 168
102 87 81
52 50 37 44
23 29 21 16 28
8 15 14 7 9 19
2 6 9 5 2 7 12
2 0 6 3 2 0 7 5

463
199 264
93 106 158
51 42 64 94
33 18 24 40 54
23 10 8 16 24 30
15 8 2 6 10 14 16
7 8 0 2 4 6 8 8

Criptofrases

"Los locos abren los caminos que mucho más tarde recorrerán los sabios." Carlo Dossi.

"El hombre nunca ha encontrado una definición para la palabra libertad." Abraham Lincoln.

Palabra oculta

A. Prisa.
B. Animo.
C. Arido.
D. Fleco.
E. Gruta.
F. Fruto.

Batalla naval

